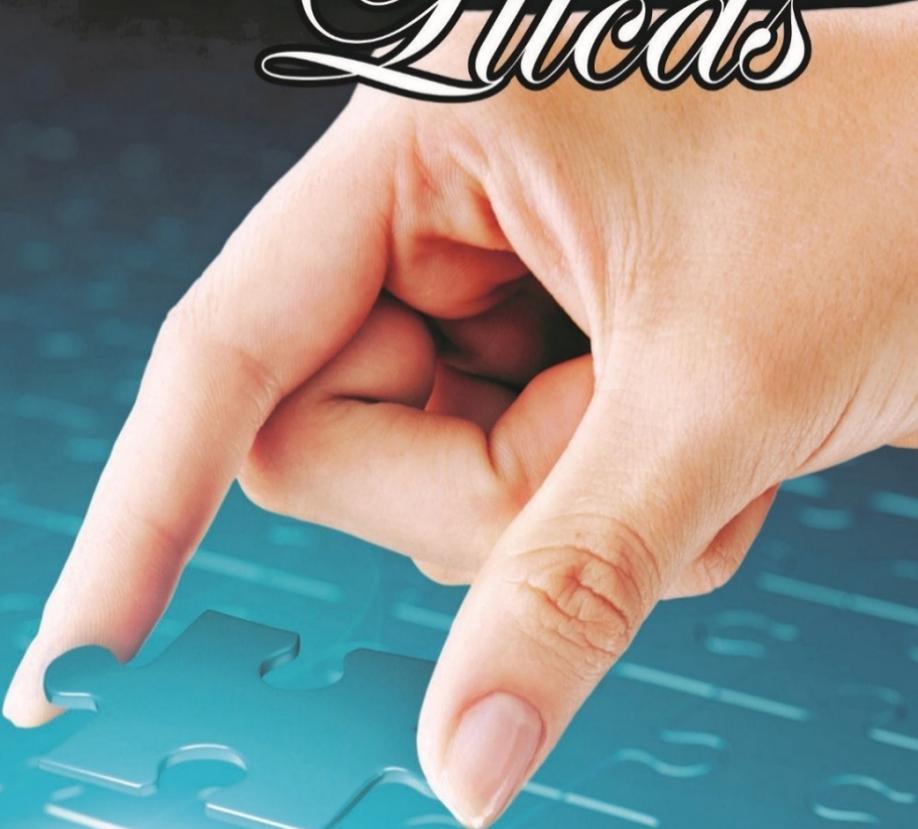


Ediciones Lucas

A close-up photograph of a hand with light skin and pink nail polish placing a dark teal puzzle piece into a larger teal puzzle. The background is a blurred teal surface with faint white puzzle piece patterns. The lighting is soft, highlighting the texture of the hand and the puzzle pieces.

“LA ACTITUD Y LA MANERA EN QUE DEBEMOS RELACIONARNOS
CON EL ESPIRITU DE DIOS QUE FUE PUESTO EN NOSOTROS”

EI-010422-073

“LA ACTITUD Y LA
MANERA EN QUE
DEBEMOS
RELACIONARNOS
CON EL ESPIRITU
DE DIOS QUE FUE
PUESTO EN
NOSOTROS.”

© 2022 EDICIONES LUCAS

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida ni transmitida por ningún medio – gráfico, electrónico o mecánico, lo cual incluye fotocopiado, grabación y sistemas informáticos –sin el consentimiento escrito del editor.

Todas las citas bíblicas escritas y referenciadas han sido tomadas de la Versión Reina-Valera 1960. En cuanto a otras citas aclaramos la Versión de la Biblia de donde han sido tomadas.

Primera edición: abril 2022

Escrito y editado por: Josué Galán y Wendy Cubías

Cualquier pedido o comentario hágalo a la siguiente dirección:

josuegalan@hotmail.com
www.vidadeiglesia.org
vidadeiglesiaorg.blogspot.com
asesalegal@gmail.com

EL-010422-073

**“LA ACTITUD Y LA MANERA
EN QUE DEBEMOS
RELACIONARNOS
CON EL ESPIRITU DE DIOS
QUE FUE PUESTO EN
NOSOTROS”**

1 Tesalonicenses 5:19

“No apaguéis al Espíritu”.

Efesios 4:30

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

Estos versos dicen que podemos apagar el Espíritu de Dios, y que además, podemos entristecerlo. Este segundo verso nos aclara que el Espíritu de Dios no es una fuerza, sino es una persona Divina. Podemos apagar un foco, o una vela, cosas que no son vivientes, pero no podemos decir que vamos a entristecer una vela, o un foco. Quien experimenta una tristeza es una persona, entonces, el Espíritu de Dios es una persona.

Dice también **Santiago 4:5**

“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”.

Con estas tres citas podemos decir que en nosotros habita una persona Divina, al punto que tiene sentimientos de tristeza y celo. Ahora bien, nuestro mayor problema no es desconocer que Dios es una persona, sino nuestra actitud y la manera de relacionarnos con Él. Muchas veces Dios se hace tan ausente de nuestra vida natural, que dejamos de percibir cuando Él nos quiere redargüir, o quebrantar; de pronto ya no escuchamos Su voz, Él ya no nos guía, ni percibimos Su voz en absoluto. Lo que sucede en estos casos es que el Espíritu de Dios se ha entristecido en nosotros, y por lo tanto, percibimos Su ausencia.

Veremos en este estudio cómo recobrar la comunión con ese Espíritu maravilloso que nos han dado, y cómo caminar felices con Él en este peregrinaje en el que nos conducimos. Es debido al distanciamiento que nosotros mismos ponemos con Dios, que muchas veces no somos las personas felices que

deberíamos ser. Tengamos en cuenta que todo aquel que conoce a Dios y no guarda los principios de Vida terminará frustrado en su Vida cristiana. En el libro de Rut encontramos a una mujer llamada Noemí, quien terminó frustrada en su vida porque se apartó de los principios de Dios. Ella, su marido y sus hijos abandonaron la herencia que Dios les había dado y se fueron a Moab (una tierra extraña), y allá les fue peor, ya que murieron todos, excepto Noemí y sus nueras. Cuando ella se vio en tal calamidad, regresó a Israel, y les dijo a todos sus vecinos:

“... No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. 21 Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías. ¿Por qué me llamaréis Noemí, ya que Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?”

Rut 1:20–21

¿Es posible que un creyente termine amargado como Noemí? ¡Sí! a raíz de apartarse de Dios. Hermanos, Dios es el Rey de todo lo creado, a Él no lo podemos manipular a nuestro antojo; sólo nuestro corazón terco cree que puede doblarle el

brazo a Dios y hacer que Él actúe de la manera que queremos. El gran problema es que cuando obramos de esa manera, Dios se aleja mucho más de nosotros, y es cuando experimentamos soledad, frustración, depresión, etc.

A manera de paréntesis, vamos a explicar qué es vivir bajo “Ley”, y qué es vivir bajo los Principios de Dios. Nosotros no debemos vivir bajo legalismos, pero sí bajo los principios de Dios. Ciertamente hay condenación por vivir bajo la ley, pero también hay consecuencias por no vivir bajo los principios de la Vida. Si alguien no vive bajo la ley, no va a experimentar condenación en todo lo que haga, pero eso no lo exime de tener y vivir las consecuencias de sus malos actos. Por ejemplo, si alguien no ora, o si alguien no se congrega, tarde o temprano experimentará las consecuencias de esas malas decisiones. No es que Dios nos castigue por no orar, o no congregarnos, sino que son consecuencias de no estar en comunión con Él que es la Vida. Esto es como en el plano natural, una persona que no coma saludablemente se va a desnutrir, se va a enfermar, y tarde o temprano se puede morir;

esto no es un castigo, es una consecuencia de no cuidar la vida.

Tenemos que entender que hay que cuidar la Vida que nos dieron el día que nacimos de nuevo. El mayor “problema” en realidad lo tienen los que verdaderamente han nacido de nuevo ¿Por qué? Porque los que son Hijos de Dios experimentan un conflicto, un pleito interior, un conflicto entre lo que quieren hacer pero no deben, y viceversa. Hay quienes dicen: “ya no voy a ir a la Iglesia”, y resulta que a la siguiente reunión allí están congregados con todos los hermanos. ¿Por qué? Porque son Hijos de Dios, el Espíritu que les fue dado en la regeneración los constriñe a que se reúnan con los santos. El que verdaderamente es Hijo de Dios, tarde o temprano regresará a la Casa del Padre, aún así se vaya al mundo por algún tiempo.

El Espíritu que vino a habitar en nuestro interior es Jesús mismo. Cuando la Biblia nos dice que en nosotros habita el Espíritu Santo, ese Espíritu es Jesús mismo, sólo que procesado para poder ser dispensado en cada una de nuestras vidas. Es imposible que el Jesús que vino hace dos mil años viva en nosotros, ¿Por qué? Porque él murió, pero

también resucitó con un cuerpo glorioso semejante al nuestro, por lo tanto, sería imposible que Él viviera en nosotros, pues, de ser así tendríamos dos cuerpos. Lo que el Padre hizo al resucitar a nuestro Señor Jesucristo, además de darle un cuerpo glorificado, fue transformarlo en Espíritu vivificante, pues, de esa forma puede dispensarse en todos los que creen en Él. ¿A quién tenemos, entonces, en nuestro interior? Tenemos al Dios Triuno. ¡Aleluya! Por medio del Espíritu Santo, tenemos también al Hijo y al Padre, pues, ellos también son UNO.

Temamos, pues, porque Dios mismo habita en nosotros, Él es el Juez Justo y está con nosotros en todo tiempo, y por ende nos ha de juzgar; Él es un Dios celoso, es un Dios que nos ama, es un Dios que reina sobre todo, Él gobierna, y a veces también destruye para luego levantarnos y edificarnos. Hay cristianos que le temen más al diablo que a Dios; cuando debería ser lo contrario. Muchos se asustan sólo con la idea de pensar que pudieran tener un demonio en su ser, sin embargo, no les causa conmoción alguna saber que tienen a Dios mismo habitando dentro de su ser.

Dice **Hebreos 3:10**

“... El Señor juzgará a su pueblo. 31;Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”.

No nos preocupemos más de Satanás ni de sus huestes, más bien ocupémonos de caminar bien con Dios. ¡Ay! de nosotros de caer en manos de un Dios celoso; ¡Ay! de nosotros de estar con un Dios entristecido, porque difícil cosa es encontrar la forma de contentarlo nuevamente. A muchos cristianos nunca en su vida se les ve un cambio, y es por el hecho de que no han tenido en cuenta a Dios; toda su vida han apagado el Espíritu, no se han percatado de que han entristecido al Espíritu Santo. Vale la pena, entonces, aprender a relacionarnos con el huésped Divino que tenemos en el interior.

¿Cómo se nos apaga el Espíritu?

1.- El Espíritu se apaga por no orar “siempre”.

Volvamos a leer **1 Tesalonicenses 5:19**

“No apaguéis al Espíritu”.

Para dar respuesta a esta pregunta, leamos el contexto del pasaje. Dice

1 Tesalonicenses 5:17

“Orad sin cesar”.

En otras palabras, el apóstol nos dice que debemos orar “siempre”. Algunos dicen que es imposible orar “siempre”, puesto que tienen que trabajar, dormir, dedicar tiempo a la familia, etc. Es obvio que no podemos orar 24/7, sin embargo, si oramos todas las mañanas, podemos decir que oramos “siempre” en las mañanas. Orar sin cesar es no dejar de practicar la oración; es orar continua y objetivamente todos los días.

S

E

M

A

N

A

—

2

—

Dios no puede hacer nada en la vida del creyente que no quiere hacer nada por obtener lo Divino. El Evangelio no se puede simplificar a la comodidad y dejadez de cada persona, siempre habrá un precio que pagar por obtener lo de Dios. Es necesario que nosotros nos acerquemos a Dios, que apartemos un tiempo para orar, que procuremos “siempre” estar delante de Él. Dice **Mateo 11:28**

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. 29Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; 30porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”.

Según estos versos somos nosotros los que debemos acercarnos primeramente, y luego Él nos hará descansar. Somos nosotros los que debemos tener la iniciativa de tomar Su yugo, y luego hallaremos descanso para nuestras almas. Otro pasaje dice:

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna...”

Juan 6:54

Notemos que para tener Vida Eterna hay un requisito: “comer Su Carne y Su Sangre”. El Señor no dijo: Yo les daré Vida Eterna aunque no me coman, ni me beban; más bien, dejó claro que había una acción que nosotros debíamos hacer. Si queremos tener una buena relación con Dios, si no queremos terminar con el Espíritu apagado, es necesario que nos tomemos un tiempo para orar “siempre”.

Hace algunos años podíamos excusarnos de que orar era difícil, ya que no hallábamos de dónde obtener tantas palabras para dirigirnos a Dios, pues, solo conocíamos la oración “discursiva”, es decir, la oración “hablada”. Verdaderamente, para esta oración necesitamos tener fuerza espiritual, unción, concentración, disciplina mental, y mucho vocabulario bíblico para poder mantener una oración fluida. Sin embargo, Dios en Su misericordia nos ha mostrado cómo orar “contemplativamente”. En este tipo de oración no tenemos que decir nada, sólo debemos estar callados, poniendo nuestros ojos espirituales en Él. De esta forma no hay excusa para no orar. Si esto no podemos hacer, ya no es otra cosa más que un corazón endurecido que no quiere estar en comunión

con Dios. La oración ciertamente define nuestra relación con Dios.

De manera normal, cuando dos personas están molestas lo primero que hacen es distanciarse, y si no arreglan luego sus diferencias, el distanciamiento cada día es más grande, y entre más pasa el tiempo, más difícil es volver a restablecer la comunión. Pero si por A o B razón estas dos personas tienen que pasar bastante tiempo juntos, casi obligadamente tienen que reconciliarse luego. Lo mismo sucede en cuanto a la comunión con Dios, no nos distanciemos de Él, expongámonos delante de Él todos los días. Alguien dirá: “Yo no busco a Dios porque soy muy pecador”, ¿Usted cree que sus pecados ponen nervioso a Dios? Él ya sabe que somos pecadores. El problema para Dios no es que seamos pecadores, el problema es que no nos acerquemos ante Él con confianza. Dice **Santiago 4:8**

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”.

Es menester que nosotros nos acerquemos a Dios, de lo contrario nuestra relación con Dios se va a deteriorar. En la Vida cristiana hay dos cosas sumamente elementales, de las

cuales no podemos prescindir: 1) Presentarnos ante el Señor, y 2) No dejarnos de congregar. La primera es de carácter personal; mientras que la segunda nos amarra al principio corporativo de Dios. Cualquiera de estas dos cosas que dejemos de hacer en nuestra Vida será definitorio. Algunos dicen; “Es que no me dan ganas de ir a la Iglesia”, ¡No importa que no tenga ganas, congréguese! ¿Acaso los casados no tienen etapas en los que no les dan ganas de llegar a casa y de todos modos regresan todos los días?. Igual nos debe suceder a nosotros, tenemos que llegar ante Dios todos los días, es lo mínimo que podemos hacer.

Hermanos, ¿Estamos orando sin cesar? La relación con Dios debemos respetarla, debemos reconocer que existe como tal, y debemos tenerla presente en nuestra vida personal y en nuestra caminata cristiana. En lo natural un padre no puede olvidarse de que tiene hijos, ni tampoco un hombre casado puede olvidarse de que tiene una esposa, y viceversa. Este tipo de relaciones humanas deben ser respetadas, y deben estar presentes siempre en nuestras vidas. Pues, así como en lo natural, también debe ser en lo espiritual; no podemos olvidarnos que tenemos un

huésped Divino cohabitando en nuestro interior, debemos tener presente que Dios vive en nuestro ser.

2. La falta de gratitud apaga el Espíritu.

Dice también **1 Tesalonicenses 5:18**

“Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”.

Un creyente que sabe darle gracias a Dios en todo, jamás apagará el Espíritu. Debemos tener siempre gratitud hacia Dios. Obviamente es fácil darle gracias cuando todo marcha a nuestro favor, sin embargo, también debemos dar gracias cuando las cosas no marchan bien. “Dad gracias en todo” significa dar gracias en todo tiempo, no importando si las circunstancias son buenas o malas. Si estamos con buena salud démosle gracias, pero si estamos enfermos también demos gracias. Si estamos en bonanza económica demos gracias, pero si estamos atravesando los tiempos de las vacas flacas también demos gracias. Dice **Romanos 8:28**

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...”.

S

E

M

A

N

A

—

3

—

Nunca olvidemos que Dios nos tiene en Sus manos, y sea que vivamos, o que muramos, somos de Él. Eso es suficiente motivo para darle gracias en todo tiempo ¡Aleluya!

La falta de gratitud apaga el Espíritu porque nos quita la posesión de la fe. Cuando vienen los tiempos malos, y no damos gracias, entonces, queda en evidencia que nosotros no amamos al Señor, ni tenemos fe en Él, sino que vamos en pos de Él por vista, por un interés propio. Dios es quien manda los buenos tiempos, pero Él también manda los malos. ¿Qué espera Dios de nosotros al mandarnos los tiempos adversos? Lo que Él espera es que sigamos agradecidos porque aun en el valle de sombra y de muerte Él está con nosotros. En esos momentos es donde realmente se manifiesta si tenemos fe, y recordemos que el justo vive por fe y para fe.

3.- Una mala relación con nuestros hermanos apaga el Espíritu.

Dice 1 Tesalonicenses 5:15

“Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos”.

Este pasaje nos habla de la relación, la comunión, y el servicio que debemos tener para con nuestros hermanos. El apóstol Pablo nos insta a que no nos amarguemos con los hermanos. Llegar al punto de pagar mal por mal sólo evidencia que estamos amargados contra nuestros hermanos. Una actitud de venganza, de pleito, de no poder estar en paz y en unidad con los hermanos, seguro apaga el Espíritu de Dios en nosotros. Debemos amar a nuestros hermanos a pesar de lo que ellos sean. No le demos espacio a la amargura en contra de nadie, al contrario, amemos aún a los que nos ofenden, eso nos dará un Espíritu avivado. Dice **Efesios 4:26**

“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, 27 ni deis lugar al diablo”.

No podemos estar enojados con nuestros hermanos porque ellos son el Cuerpo de Cristo; si guardamos enojo en contra de nuestros hermanos es porque no conocemos al Señor. No podemos estar en comunión con Dios y enojados, o distantes de la Iglesia. Cristo y la Iglesia son Uno, no podemos separar lo uno de lo otro. Cuando Dios se reveló al apóstol Pablo, le dijo:

“Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? 5El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón”

Hechos 9:4–5

Pablo en realidad perseguía a los creyentes, pero el Señor le dijo: “No estás persiguiendo a los cristianos, me persigues a mí”. Dar coces contra el aguijón es como cuando alguien se lacera su cuerpo con algo cortopunzante, al final el daño será para él mismo. Pues, esa era la lección que el Señor le quiso decir a Saulo: “Saulo, no persigas a los cristianos, porque ellos son mi representación en la tierra, y si tú los tocas a ellos es como que me estés tocando a Mí”.

Dice 1 Juan 1:3

“lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”.

Cuan importante es que tengamos revelación del Cuerpo de Cristo, y saber que al tener comunión con los hermanos, en realidad estamos teniendo comunión con Dios; y que

si ofendemos a nuestros hermanos, ofendemos a Dios mismo. Los miembros de la Iglesia son el medio por el cual nosotros podemos tener comunión con Dios. La necesidad de tener comunión con los santos no debe ser sólo por asuntos de amistad, sino de vivir la realidad espiritual de estar en comunión con Dios mismo, a través de los hermanos. No es malo tener amistad con los hermanos, pero lo que el Señor nos ofrece por medio de la comunión, y el servicio a los santos, es algo más elevado; se trata de estar en comunión con Él.

Para tener una buena relación con nuestros hermanos debemos abundar en misericordia.
Dice Efesios 4:32

*“Antes sed benignos unos con otros,
misericordiosos...”*

¿No es cierto que muchas veces carecemos de misericordia para con nuestros hermanos? Hay quienes tienen la mala costumbre de parecer una vara de medir; miden a los jóvenes, los critican sin siquiera tratar de comprenderlos un poco; los critican, y ni siquiera se toman el tiempo de instruirlos, o discipularlos. No estamos hablando de ser

alcahuetes con la juventud, sino de hacerles misericordia, tanto a ellos, como también a los demás hermanos. Obviamente, la Iglesia debe ejercer la autoridad de Dios, pero la disciplina sin una carga previa de amor y misericordia es “tiranía”. La actitud constante de los miembros de la Iglesia debe ser la bondad, el amor, y procurar el bienestar común, para que el día que haya que disciplinar y corregir, pues, habrá un precedente de amor, y tal disciplina traerá restauración. Abundemos, entonces, en bondad y compasión, de lo contrario se apagará el Espíritu en nosotros.

4.- No accionar en fe a lo que Dios nos provee es algo que entristece al Espíritu.

Dice **Efesios 4:30**

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. 31 Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. 32 Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”.

Según el v:31, podemos decir que el pecado es algo que entristece a Dios. Hermanos, la obra de Dios no es algo que sucederá ajeno a nuestra voluntad. A veces hemos llegado a pensar que un día daremos fruto para Dios, sin siquiera estarlo deseando; esto es algo que no sucederá así. En realidad los frutos de Dios son la mezcla de la influencia Divina sobre nuestra naturaleza humana. Por ejemplo, si alguien es mal hablado, y nunca procura dejar de decir malas palabras, pues, no espere que un día en la noche se duerma maldiciendo, y milagrosamente al día siguiente ya no puede decir “malas palabras”; esto no sucederá así. El fruto de hablar “bien”, sin “malas palabras”, será el resultado de nuestra relación con Dios. Seguramente un día Él nos hablará, nos redargüirá, y Él esperará que nosotros le respondamos con un corazón quebrantado, que reconozca su necesidad de ser transformado. El v:31 nos dice que el enojo, la ira, la gritería y la maledicencia son cosas que contristan a Dios. ¿Cómo se quitará de la boca de un creyente la maledicencia, únicamente por un acto Divino? Ciertamente vendrá una Gracia Divina pero el creyente debe responder a esa Gracia, accionando en fe a ya no practicar más la maledicencia, es decir, tiene que

procurar no maldecir a nadie, ni decir vulgaridades. La obra de Dios no se da en modo automático. No creamos que la Obra de Dios en nosotros está conformada por un Dios activo y un ser humano totalmente pasivo. ¡No es así! La obra de Dios lo implica a Él como un ser activo, pero necesita a un ser humano activo, que responda a la influencia Divina. Somos nosotros los que activamos las virtudes Divinas mediante nuestro vivir en fe. Si Dios nos habla, pues, debemos creerle. Todo el contexto de Efesios 4:17 al 5:20 nos habla de cómo debemos colaborar con el Espíritu de Dios con el fin de no entristecerlo. Por ejemplo, dice **Efesios 4:25**

“Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo”;

¿Quién debe desechar la mentira? ¡Nosotros! y no sólo debemos desechar la mentira, sino que debemos hablarle a nuestros hermanos con la verdad; este es el accionar que Dios espera de nosotros. ¡Por supuesto! El Espíritu nos dará Su Gracia, nos ayudará, pero nosotros debemos accionar en respuesta a Su influencia. De igual manera dice **Efesios 4:28**

“El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”.

Este es otro claro ejemplo del cambio que debemos experimentar en nuestras vidas. Si alguien antes de venir al Señor tenía la mala costumbre de hurtar, pues, el Espíritu le va a auxiliar en esa área, pero ¿qué debe hacer el nuevo creyente? ¡Comenzar a trabajar! Seguramente esta persona era perezosa, y en vez de trabajar para su sustento mejor robaba; ¿Qué tiene que hacer para ya no ser ladrón? empezar a trabajar. La Energía Divina la da Dios, pero la acción de cambio la ponemos nosotros. Para que entendamos mejor esto, hagamos de caso que Dios nos manda a que edifiquemos una casa, así que Él nos da los ladrillos, el cemento, la arena, las láminas del techo, etc. ¿Qué hace falta? Que nosotros usemos todos esos materiales para hacer la casa. ¿Qué sucede si Dios ve que no hacemos nada con todos los materiales que ya nos dio? ¡Se entristece! y por ende, se acaba Su provisión Divina, Él ya no nos da más.

Una vida pecaminosa, tarde o temprano va a entristecer al Espíritu, y a nosotros nos traerá muerte espiritual, porque dice **Romanos 6:23**

“... la paga del pecado es muerte...”.

No nos engañemos a nosotros mismos creyendo que podemos vivir licenciosamente, y que no habrá efectos de muerte como consecuencia. Tarde o temprano, una vida pecaminosa nos llevará a que perdamos la paz y el gozo del Señor. ¿Por qué? Porque el Espíritu estará entristecido. ¿Podemos hacer fiesta si sabemos que nuestro amigo más cercano está triste?

5.- La amargura es algo que entristece al Espíritu.

Una persistente amargura contra algún hermano, sin poder perdonarle, es algo que apaga al Espíritu de Dios. Dice **Efesios 4:31**

“Quitense de vosotros toda amargura”.

Obviamente, la amargura conlleva, gritería, enojo, pleitos, malos deseos, etc. ¿Por qué razón el Espíritu se apaga debido a la amargura? Esto lo contesta el apóstol Pablo en **Efesios 4:32**

“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”.

El Espíritu se entristece en nosotros cuando nos amargamos contra alguien porque el Señor Jesús murió por nosotros, y nos perdonó todos nuestros pecados. No es posible que nosotros no podamos perdonar a otros sus ofensas, cuando nosotros tenemos conciencia de todo lo que Dios nos perdona. En el supuesto de que no ofendiéramos a terceras personas,

S
E
M
A
N
A
—
4
—

¿Acaso no ofendemos a Dios con nuestros diversos pecados, y de todos modos Él nos perdona, y desea restaurarnos, y cada día nos hace nuevas sus misericordias? Así que si en base a ofensas vamos a medir las cosas, ofendemos nosotros más a Dios con nuestro modo de vivir, que las ofensas que otros nos puedan hacer a nosotros. No hay ninguna excusa para que no perdonemos. En **Mateo 18:23-35** encontramos la parábola de los dos deudores.

El primero le debía diez mil talentos a su amo, y sabiendo que no podía pagar se humilló, suplicó perdón, y el amo movido a misericordia le perdonó la deuda. El otro deudor, le debía cien denarios al primer deudor; la deuda de éste era mucho más pequeña que la del otro. De igual manera el que debía los cien denarios se humilló, le suplicó que lo perdonara, pero el otro no lo quiso perdonar, sino que le echó a la cárcel hasta que pagara todo. Llegó esto a oídos del amo, y mandó a llamar al primer deudor, y le dijo: “Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. 33¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? 34Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Y agregó el Señor lo siguiente: “Así también

mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

Definitivamente, aprendamos a perdonar a nuestros deudores, pues, más nos ha perdonado Dios a nosotros.

6.- EL CELO DEL ESPÍRITU.

Dice también **Santiago 4:5**

“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”.

Sin duda alguna, el Espíritu de Dios primero vendrá a nuestras vidas a ayudarnos, a animarnos, a redargüirnos, etc. pero si no lo atendemos, Él se comportará con celo hacia nosotros. En lo natural, el celo genuino es el sentimiento que se despierta en uno de los cónyuges, cuando ve que su pareja tiene otros amores. Pues, lo mismo sucede en lo espiritual, por eso dice el contexto de este verso: **Santiago 4:4**

“¿Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues,

que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”.

El apóstol dice que nos convertimos en adúlteros cuando tenemos amistad con el mundo.

Lo primero que debemos preguntarnos es: ¿Qué es el Mundo? En breves palabras, el Mundo es “todo”. El mundo es la sociedad con la que nos relacionamos; el mundo es el deporte; el mundo es el estudio, el trabajo, etc. Quiere decir, entonces, que la amistad con el mundo puede ser cualquier cosa de esta vida con la que lleguemos a intimar, y que a causa de ello olvidemos a Dios; tal actitud nos convierte en enemigos de Dios, y tarde o temprano, Él despertará en celo en contra nosotros. ¿Qué debemos hacer entonces? Dice **1 Juan 2:15**

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. 16Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”.

Una cosa es tener cosas en el mundo, otra cosa es “amar” las cosas del mundo. Por ejemplo, no es problema trabajar, hacer deporte, comprar cosas para disfrutar, ir de vacaciones, etc. El problema es darle prioridad a esas cosas más que a Dios. No podemos dejar de hacer cosas en el mundo, el equilibrio es que por encima de todo, Dios sea siempre el primero. Cuando le damos una atención desmedida a las cosas del mundo automáticamente nos volvemos enemigos de Dios.

Cada uno de nosotros debemos examinarnos en qué área estamos teniendo amistad con el mundo. Muy probablemente los hermanos mayores ya no se sienten atraídos por hacer deporte, pues, ya su cuerpo no les permite ejercitarse como cuando eran jóvenes; sin embargo, pueden tener una “amistad especial” con la televisión, o con su familia, o con las noticias, etc. No es pecado ver televisión, así como tampoco es pecado practicar algún deporte, pero no nos volvamos esclavos de estas cosas, no las pongamos como más prioritarias que Dios. El apóstol Pablo dijo éste mismo principio en otras palabras:

“Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica”

1 Corintios 10:23

Hermanos, tengamos sumo cuidado con la actitud y la manera de relacionarnos con el Espíritu de Dios que habita en nuestro interior. No lo apaguemos, no lo entristezcamos, y mucho menos hagamos que se despierte en celo contra nosotros. ¡Amén!